

El Principio del Cambio

Rev. R. J. Rushdoony
6 de Junio, 2006

El Granjero Californiano, 23:17 (4 de Octubre, 1969), p. 24.

Un viejo dicho francés declara, “Mientras más cambian las cosas, más siguen iguales.” Otros, además de los franceses, sienten de la misma manera. Esta observación refleja la desilusión de la gente con su política. No importa quién sea elegido y cuáles sean sus promesas, sus acciones son básicamente las mismas a las de aquellos que no lograron por medio de los votos ocupar las posiciones oficiales. Todo el trabajo duro de la gente para elegir nuevos funcionarios, con las esperanzas de un nuevo orden, terminan en la misma vieja corrupción política, impuestos elevados y más problemas. A medida que las cosas van de mal en peor, los granujas del ayer a veces se ven mejor que los reformadores de hoy, pero al reflexionar se hace obvio que en realidad nada ha cambiado; aún es la vieja corrupción. De modo que, mientras más cambian las cosas, más siguen iguales.

Muchos estadounidenses expresan su creciente sentido de desesperanza con el estado de las cosas. Una y otra vez, las brillantes esperanzas de una promesa de pre-elección se convierte en la amarga desilusión de un largo período en el cargo o función.

¿Por qué son así las cosas, y por qué tienen que ser así? Para citar un antiguo dicho americano, “No puedes hacer una buena tortilla con huevos podridos.” Puede gastar mucho dinero tratando de hacerlo, pero los resultados son siempre previsiblemente malos. Pero, ¿no es esto exactamente lo que con frecuencia tratamos de hacer, tomar a las personas sin fe y carácter y de alguna manera acomodarlos para que conformen una buena sociedad?

Salomón dijo, “Como diente roto y pie descoyuntado es confiar en un prevaricador en momentos de angustia” (Prov. 25:19). Un hombre con un pie descoyuntado no puede viajar muy lejos, ni tampoco progresará un país que coloca su confianza en hombres infieles.

Por lo tanto, la necesidad es de hombres fieles, hombres regenerados que se muevan en el temor de Dios en lugar de hacerlo por el temor a los hombres. Se requieren buenos hombres para hacer una buena sociedad, no otra elección. Esto, por supuesto, ha sido parte de la obra de la iglesia, traer a los hombres a conformidad con Dios y Su Palabra, y producir, por la gracia de Dios, una generación de hombres fuertes y piadosos. La mayoría de iglesias ha dejado de hacer esto: en lugar de ver la misión de Cristo en términos de hombres cambiados, con demasiada frecuencia la ven como un llamado a cambiar la sociedad, generando así una revolución social. Nos están dando huevos malos y tortillas malas. ¿Hay alguna sorpresa entonces de que mientras más cambian las cosas más siguen siendo las mismas?

Dios declara, “Yo hago nuevas todas las cosas” (Apoc. 21:5). El destino del mundo no es la uniformidad, ni la corrupción continua, sino la regeneración de todas las cosas por medio de Jesucristo. Pero esa regeneración no puede suceder sin Él.

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org